

Pedro Shimose



Gabriela Mistral

Historia

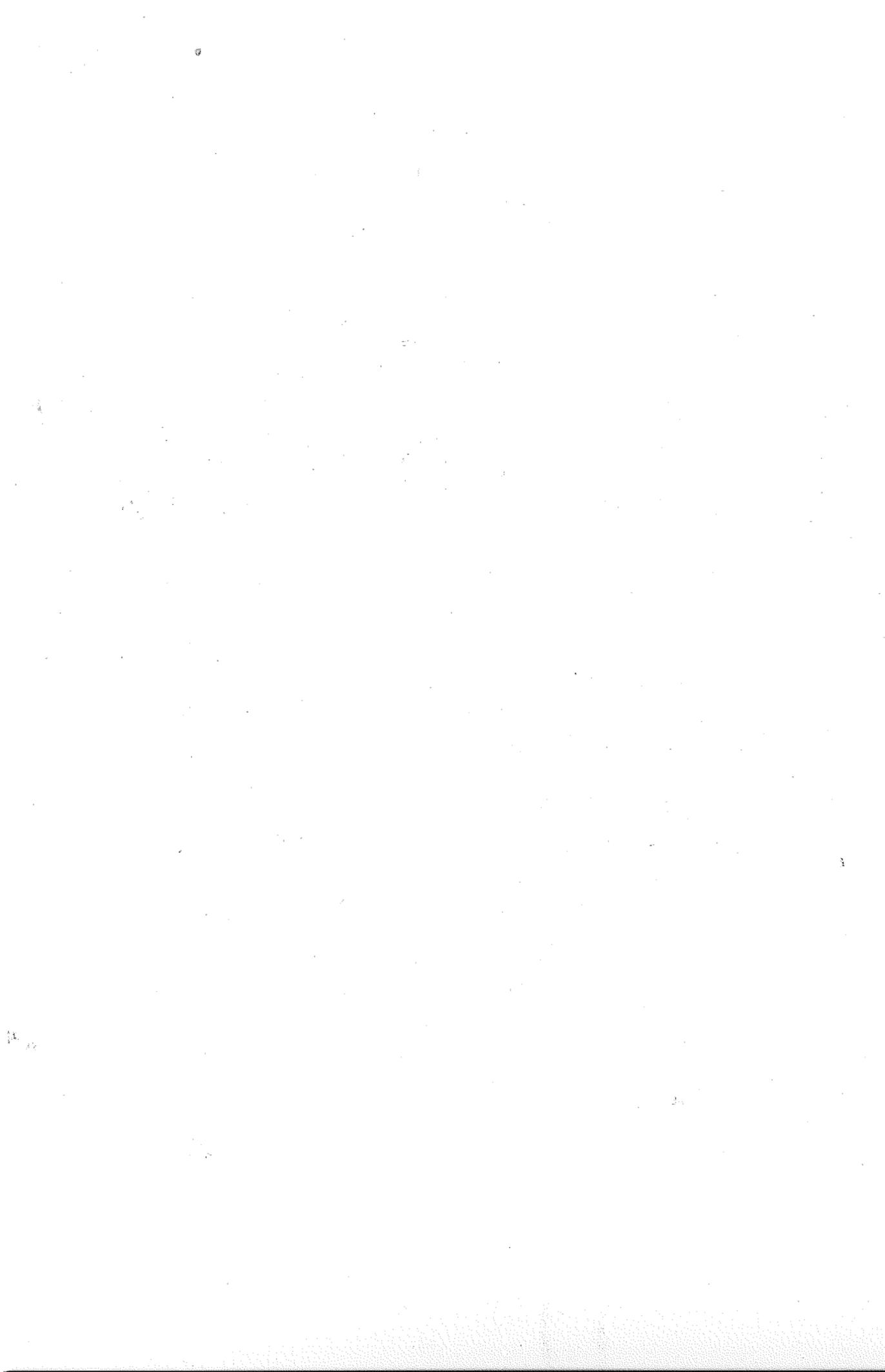
— de la —

Literatura

Latinoamericana

7

Modernismo



7. Modernismo

El romanticismo generó dos tendencias estéticas: el modernismo (en Brasil se siguió el modelo francés y se designa este movimiento con el nombre de simbolismo) y el realismo naturalista.

El modernismo

El modernismo representa el segundo gran momento de la literatura latinoamericana. Pero antes de hablar de su programa estético, de sus representantes y de las obras más significativas, debemos referirnos a los antecedentes históricos, sociales y políticos que explican este fenómeno artístico.

El período de anarquía, guerras civiles y dictaduras patricias ultraconservadoras (García Moreno, Rosas, Doctor Francia) sólo fue superado cuando se impuso el capital internacional a través de las emergentes facciones liberales. Los regímenes liberales impusieron sus leyes y sus reglas de juego donde imperaban políticas de inmigración, de educación, de comercio e inversión y de urbanización. Las potencias europeas (Francia, Inglaterra, ante todo) empezaron a explotar nuestras materias primas y empezaron a aceptar, como productos exóticos, nuestras obras de creación espiritual.

Es el momento de la gran expansión económica y social del continente con el consiguiente progreso de las urbes y la repoblación del campo arrebatado a los aborígenes por inmigrantes europeos, especialmente italianos, portugueses y españoles.

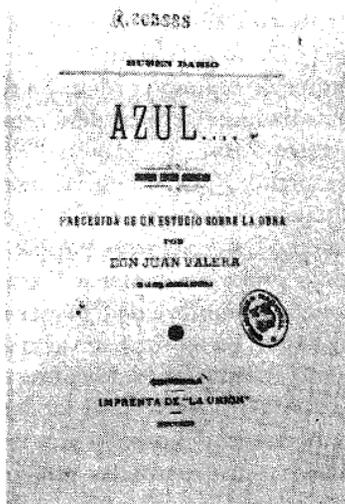
Las oligarquías liberales viven la fascinación de Londres y París. Londres para el negocio; París para el ocio. A Londres van los empresarios y banqueros; a París van los estudiantes, artistas y la clase media enriquecida y "alienada" (*rastacuera*, se decía a fines del siglo XIX). En Latinoamérica brillaba la Argentina como país de orden y progreso, con su gran capital, Buenos Aires, como centro de irradiación de negocios y cultura. En segundo plano figuraban Montevideo y Santiago de Chile.

No es extraño, pues, que el modernismo tuvie-

ra su escenario inicial en el cono sur de Sudamérica. A partir del gobierno de Bernardino Rivadavia, la capital argentina se convirtió en la metrópoli más europeizada y europeísta de Latinoamérica. No era raro, por lo tanto, que en una capital que estaba al día de cuanto ocurría en Europa (libros, conciertos de ópera, representaciones teatrales, conferencias, revistas literarias, exposiciones, etc.) se concentraran los intentos renovadores del arte latinoamericano. Desde 1880, la prensa bonaerense informaba con minuciosidad y de forma permanente acerca de las novedades poéticas de París. Los presidentes Mitre y Sarmiento habían consolidado las bases políticas para al europeización.

El modernismo constituyó una nueva sensibilidad y un relevo generacional. La nueva sensibilidad significó, ante todo, una profunda renovación formal del verso, pero también la creación de una mitología y de una actitud ante la vida: el optimismo, la elegancia verbal y el cosmopolitismo. El optimismo ante la paz y el progreso (el orden había sido impuesto en detrimento de los indios y los gauchos); la elegancia verbal constituía una renovación del lenguaje poético, cambiaron la prosodia y el ritmo del verso castellano, cambió el acento métrico y se impuso una nueva adjetivación de las cosas. Todo esto no sucedió de repente ni por obra de una sola persona (el genio, se decía) como algunos manuales intentan enseñarnos. Toda esta reforma venía preparándose en la obra poco conocida de muchísimos escritores y poetas como el salvadoreño Francisco Gavidia (amigo y maestro de Darío), el argentino Leopoldo Díaz, el peruano Manuel González Prada, el mexicano Salvador Díaz Mirón, el colombiano Julio Flórez, con su poesía sentimental y populachera, etc.

En 1886, Darío abandonó Centroamérica y llegó a Chile. Allí publicó, en 1888, su libro en prosa y verso *Azul...*, con un extenso prólogo del poeta chileno Eduardo de la Barra. Esta primera edición llegó a manos de Juan Valera, a través del cónsul español en Valparaíso. Lo demás es conocido. Valera escribió dos cartas consagratorias respecto al



Con la aparición de Rubén Darío en el panorama literario latinoamericano se consolida del todo el movimiento modernista. En el año 1888 se publica su libro Azul y la crítica coincide en nombrarlo año oficial del nacimiento del movimiento. Según declara el propio Darío en la Historia de mis libros, en los versos de Azul hay una melodía interior que marca el ritmo, recurre a una adjetivación innovadora, con la elección de un léxico sofisticado y aristocrático.

libro y al poeta pese a sus reticencias y observaciones. Valera, escritor español de prestigio mundial, le dio a Rubén Darío el espaldarazo de la fama. Pero los conceptos esgrimidos por Valera eran más o menos los mismos que había escrito Eduardo de la Barra, incluyendo algunas equivocaciones que la crítica posterior ha ido rectificando.

De Chile, Darío viajó a Buenos Aires, ciudad donde vivió como cónsul de Colombia (1893-1898), mimado por un corte de admiradores y apoyado por liberales poderosos, como Mitre, por ejemplo. ¿Qué hacía un nicaragüense ocupando el cargo de cónsul de un país -Colombia- que ni siquiera conocía? La explicación era simple: un poeta colombiano, amigo de Darío, se llamaba Rafael Núñez y había sido presidente de la república de Colombia en dos ocasiones. El influyente expresidente Núñez le hizo nombrar cónsul en Buenos Aires. Más adelante, cuando Darío fundó y dirigió con Ricardo Jaimes Freyre los tres números de "La Revista de América", aparecerá en ésta la firma de Rafael Núñez como colaborador. Años después, Darío le rendirá homenaje en el segundo poema del libro *Los cisnes*, titulado precisamente "En la muerte de Rafael Núñez".

Darío fue acogido por los jóvenes con verdadero fervor. Se dio el caso de muchos admiradores de Darío que eran escritores realistas o naturalistas como Roberto J. Payró y Julián Martel (pseudónimo de José Miró) o socialistas como Ricardo Jaimes Freyre y Leopoldo Lugones, que por entonces firmaba con el pseudónimo de "Gil Paz". (Darío prefería decir que Lugones era "anarco"). Eran otros tiempos y el espíritu de solidaridad y generosidad se manifestaba de esta manera, aún entre escritores.

Los detractores de Darío y del movimiento modernista se encargaron de hacer la filiación y los lazos de parentesco estético entre Rubén Darío y la literatura "decadente" francesa. Se dijo (y Darío lo refrendó con cierto orgullo) que eran discípulos de poetas y escritores de segundo orden. Se referían a Catulle Mendès, François Coppée, Sully Prudhomme (a pesar del Premio Nóbel), Jean Moréas y Remy de Gourmont, entre otros.

También se debatió el nombre del movimiento. ¿Qué era eso de modernismo? Al parecer, el término venía de los hermanos Goncourt, referido a un personaje novelesco, un pintor que dice ser "moderno", simplemente porque es "actual" y no pertenece al pasado. Otros críticos preferían llamar a Darío y sus seguidores, "decadentes" o "simbolistas". Pero el nombre de "modernismo" se impuso y así ha pasado a la historia de las letras. La teoría y su vasto alcance serían esbozados con el paso del tiempo como veremos más adelante.

Debe señalarse que, como señaló Rafael Alberti, el modernismo "no desecha el realismo cotidiano, acepta y reverencia el pasado y se nutre de mitologías y conserva el sentimiento romántico entre mármoles y nieblas".

Algo más. El poder de irradiación del modernis-

mo se verificó no sólo en el verso. Su influencia más perdurable se produciría en la prosa. Esto puede percibirse en los ensayos de José Martí, o en el mismo *Azul...*, de Rubén Darío. Ellos reflejan en su prosa, más que en sus versos, las transformaciones esenciales e instrumentales originadas en la poesía francesa.

Sin el modernismo, la narrativa latinoamericana no habría madurado como lo hizo en la prosa del uruguayo Horacio Quiroga, del mexicano Mariano Azuela, del argentino Enrique Larreta, del chileno Augusto D'Halmar, del cubano Alfonso Hernández Catá, de los guatemaltecos Enrique Gómez Carrillo y Rafael Arévalo Martínez y de los propios poetas metidos a prosistas: Rubén Darío (el de los cuentos legendarios y misteriosos), Manuel Gutiérrez Nájera (*Cuentos completos*, 1958) y Leopoldo Lugones que, con sus libros *Las fuerzas extrañas* y *Cuentos fatales*, inaugura el género fantástico en la narrativa latinoamericana.

En cuanto al cosmopolitismo de los modernistas podemos añadir algo que tiene que ver con la estabilidad económica y política de los nuevos ricos latinoamericanos. Si por una parte estaban creando dos mitos (el de la democracia representativa y el del progreso industrial), por otro, instaban a sus artistas a evadirse hacia regiones de ensueño e imaginación. Los modernistas rechazaron la naturaleza, eligieron la urbe e invocaron el derecho a ser aristócratas en un mundo que tendía a ser popular



El modernismo surge como una reacción o rebelión ante la creciente decadencia del romanticismo. En Latinoamérica las viejas fórmulas propias o importadas de España comienzan a dejarse a un lado. París se convierte en el nuevo foco literario para ir en busca de ideas nuevas e inspiración. La nueva poesía francesa, del Parnasianismo y el Simbolismo, atrae a los americanos a Francia. Emaux et camés de Teófilo Gauvier, Les fleurs du mal de Baudelaire, Les trophées de Heredia, fueron las obras parnasianas que más se leyeron en la primera etapa del modernismo. De la tendencia simbolista, influyeron los textos de Verlaine, de Mallarmé y de Albert Samain entre otros.

y mecanizado. Se trataba de rechazar, estéticamente, aquellas realidades chatas, mezquinas, provincianas, reductoras de la libertad individual que ellos habían soportado en sus países de origen. Por eso se decían cosmopolitas.

Pero todo cosmopolita aspira también a una patria, así sea ideal. Esa patria fue, en un primer momento, París. La historia planteaba nuevos problemas y nuevas decisiones. La lucha por la independencia emprendida por las colonias de Puerto Rico y Cuba contra la metrópoli española, hizo que muchos de ellos -empezando por Darío- volvieran a las fuentes del pensamiento bolivariano acerca de la unidad continental. El puertorriqueño Eugenio María de Hostos había corregido este ideal postulando, primero, la unidad regional de Latinoamérica: la región de Centroamérica, la del Caribe, la del Cono Sur, la de los países andinos, etc.

Pero la intervención norteamericana en Cuba y Puerto Rico -después de la capitulación del imperio español- los despertó a un sueño de independencia y los arrastró a un abierto hispanismo. España, después de todo, era la madre de nuestras naciones. De este modo, muchos modernistas terminan escribiendo libros antinorteamericanos como es el caso del uruguayo José Enrique Rodó, el argentino Manuel Ugarte, el colombiano José María Vargas Vila y el mexicano José Vasconcelos, entre otros.

Rubén Darío conoció en Guatemala a Enrique Gómez Carrillo. Allí lo animó a abandonar la provincia y a conocer París. Algunos años después, Gómez Carrillo se instalaba en la capital francesa y desde allí difundía la estética modernista.

En su agudeza crítica, Gómez Carrillo se percató de la importancia de la prosa modernista y publica una antología, *Cuentos escogidos de los mejores autores castellanos contemporáneos*. Entre los veintisiete autores seleccionados se hallan Julián del Casal, Guriérrez Nájera y Rubén Darío.

Por la misma época se publica en Córdoba (Argentina) la primera antología de la poesía modernista, hecha por Carlos Romagosa y titulada *Joyas poéticas americanas* (1897). Esta antología abarca a poetas de los Estados Unidos y del Brasil, inclusive. En ella están incluidos Edgar Allan Poe; Walt Whitman, en versión bilingüe; el parnasiano francés José María de Heredia, también en versión bilingüe; y doce poetas brasileños, entre los cuales se hallan Olavo Bilac y Cruz e Sousa que estudiaremos más adelante.

En un lapso de cuarenta años participaron en el movimiento modernista todos los países latinoamericanos. El movimiento brasileño de renovación parnasiana y simbolista no tuvo resonancia continental ni alcanzó a ser reconocido más allá de sus fronteras, lo cual no quiere decir que fuese menos importante. En el Brasil sobrevive la obra de los parnasianos Alberto de Oliveira, Raimundo Correia, Olavo Bilac, Francisca Julia (su nombre completo era Francisca Julia de Silva Munster),

Artur Azevedo, Vicente de Carvalho y Raúl de Leoni, y la obra de los simbolistas Cruz e Sousa y Alphonsus de Guimaraens.

A todo esto, ¿qué era el modernismo? A partir de la llegada de Rubén Darío a España, en 1899, la Real Academia incorporó el vocablo *modernismo* de una manera imprecisa y retorcida. Señalaba sus aspectos negativos: "Afición excesiva a las cosas modernas con menosprecio de las antiguas, especialmente en arte y literatura". Aún hoy, las definiciones que dan los diccionarios españoles de la voz *modernismo* son reticentes y silencian sus orígenes latinoamericanos, producto de un proceso histórico y cultural.

Sin ánimo de definir el término, cerramos esta introducción con la cita íntegra de un texto escrito por el crítico argentino Rafael Alberto Arrieta:

El modernismo es un movimiento literario nacido en Latinoamérica a partir de la edición del libro en prosa y verso *Azul...* (1888), del nicaragüense Rubén Darío. A partir de ese hecho, es

una suma de coincidencias... el modernismo reunió a románticos y realistas, a católicos y ateos, a conservadores y ácratas. Era el repudio al lugar común, la emancipación del cauce rutinario. Mezcló la plasticidad parnasiana, el sentimiento romántico, la musicalidad y la alusión del simbolismo. La sensibilidad elaboró sus imágenes en la gruta encantada de las "correspondencias" sensoriales; el cosmopolitismo abarcó todos los exotismos en una divagación universal. Vocablos y giros, ritmos y figuras renovaron el instrumento. La prosa escogió sus epítetos, buscó efectos de visualidad y sonoridad, adoptó la paciente taracea, aprendió la pincelada corta, nerviosa y segura de los impresionistas. El verso se hizo más flexible; los acentos cambiantes lo mostraron una rama dócil bajo la inquietud saltarina del pájaro. Metros arcaicos, elásticas yuxtaposiciones de pies distintos, ensayos de versolibrismo y de "melodía interior", dejaron provechosa enseñanza. Pero en prosa y verso el ornamento lujoso privó generalmente sobre la sustancia, y la opulencia externa tuvo así el esplendor momentáneo del follaje otoñal. El decenio siguiente barrió la hojarasca, salvó el fruto, cosechó la rica experiencia.

La poesía modernista. Los precursores

Antes vimos cómo se habían ido acumulado una serie de circunstancias sociales, culturales y políticas en Latinoamérica. La nueva clase liberal importaba libros de Europa y estaba al día; Buenos Aires se erigía en la capital intelectual de América, y la obra de poetas como Othón, Zorrilla de San Martín, González Prada, Almafuerte, Díaz Mirón y Leopoldo Díaz - por citar a los más relevantes - preparaba una nueva expresión y un nuevo lector de poesía en Latinoamérica.

Si fue extraordinario como prosista, Manuel González Prada no fue menos importante como

poeta. A él le debemos dos hechos capitales: haber trabajado la forma de la estrofa bajo moldes tradicionales de Francia e Italia, algún modelo inglés (la estrofa "spenserina") y el cuarteto persa o "rubáyat", importado a través del poeta inglés Edward Fitzgerald; éso por una parte y, por otra, haber restituido con nobleza estética el tema político a la lírica en español: léanse sus *Baladas peruanas* y *Libertarias*, editadas después de su muerte. Ya en *Presbiterianas* (1909) se revelaba como un maestro de la sátira contra los católicos. Pero fueron sus libros *Minúsculas* (1901) y *Exóticas* (1911) los que revelaron su cualidad de innovador formal muy próximo al modernismo.

La nueva sensibilidad modernista también le debe mucho al poeta mexicano Salvador Díaz Mirón (1853-1928), hombre polifacético y controvertido, pues apoyó a la dictadura de Victoriano Huerta y, además, protagonizó sucesos de carácter violento: duelos y peleas, de una de las cuales quedó lisiado del brazo izquierdo. A la caída de Huerta vivió desterrado en España y Cuba. Su poesía influyó en Rubén Darío y José Santos Chocano. Era un parnasiano de verso elegante, impecable y pulido. Amado Nervo le dedicó encendidos elogios: "Nervioso, valiente, audaz, pulcro... ha acertado a dar una voz y una expresión adecuada a todos los ímpetus y nacientes heroísmos de la raza". Es "una de las cimas más altas de la lírica americana", dijo.

Su abundante obra fue reunida en 1941 bajo el título de *Poesías completas*. En 1954 se publicó su obra en prosa, bajo el escueto y exacto título de *Prosas*. En 1886, Díaz Mirón publicó un cuaderno de poesías llamado *El Parnaso Mexicano*. Los poetas latinoamericanos lo elogian. En 1889 Darío lo saluda por su espíritu renovador. Pasado el



Desde muy joven Martí se ve involucrado en la política. En 1871 es deportado a España; a su regreso estrena obra en el teatro Principal de México; viaja de Veracruz a La Habana y después a Guatemala; vuelve a ser deportado a España. En la guerra de independencia de Cuba, Martí arenga a las tropas. El 5 de mayo de 1895 Martí se entrevista con Maceo y Máximo Gómez en el Ingenio la Mejorana y el domingo 19, en el Campamento de Dos Ríos, base de los insurrectos, el Apóstol muere en combate.

tiempo, Díaz Mirón dirá que su gran libro es *Lascas*, publicado en 1901. En este libro, su poesía es parnasiana, contenida y trabajada. También se advierte un enriquecimiento de la rima debido a que Díaz Mirón "latinizó la frase" y fundió su palabra en sensaciones sinestésicas. Algunos tratadistas -sólo por ese libro- lo incluyen entre los modernistas.

JOSE MARTI (1853-1895)

Formado en la tradición del verso castellano, su gran aporte al modernismo se refiere, sobre todo, al manejo de las formas tradicionales y populares del verso castellano, sin limitarse a escuelas literarias ni ordenanzas académicas. Adelantándose a su tiempo, escribió en la presentación de su libro *Versos sencillos* (escrito entre 1878 y 1882, y publicado en 1891): "Amo las sonoridades difíciles, el verso escultórico, vibrante como la porcelana, volador como un ave, ardiente y arrollador como una lengua de lava", Gabriela Mistral señaló que Martí se aparta del romanticismo y se acerca en los *Versos sencillos* a la copla y las soleares. Su credo artístico era una fe de vida: "Amo la sencillez y creo en la necesidad de poner el sentimiento en formas llanas y sinceras", había dicho.

Aunque su obra literaria es puro periodismo al servicio de una causa política -la liberación de Cuba- su breve obra de imaginación -*Ismaelillo* (1882) y *Versos sencillos* (1891)- influyó de manera profunda en sus lectores latinoamericanos. Póstumamente se publicaron otras dos colecciones de poesía: *Versos libres* (1913) y *Flores del destierro* (1933). Antes se dijo que lo verdaderamente renovador era su prosa periodística, verdaderos ensayos de alta jerarquía estética. Sus artículos-ensayos sobre Emerson, Washington, Longfellow y Walt Whitman son impresionantes.

Martí fue el primer escritor latinoamericano que leyó y caló la poesía de Whitman. A partir de 1882, Martí colaboró en "La Nación" de Buenos Aires, en cuyas páginas escribió artículos soberbios. A tal punto fue leído que a Rubén Darío le bastó leer el artículo-ensayo de Martí sobre Whitman para escribir su famoso soneto "Walt Whitman", publicado en *Azul...* Rubén Darío no había leído nada del autor de *Leaves of Grass*.

Junto a su febril actividad política, Martí publica "La Edad de Oro", una revista dedicada a los niños. Otras publicaciones suyas son: *El presidio político en Cuba* (1871), un reportaje, para expresarnos en términos actuales, en el cual narra su experiencia; *Adúltera*, (1872), un drama que ha pasado a la historia de la literatura sin pena ni gloria; *La República Española ante la Revolución Cubana* (1873) y sus magistrales artículos de prensa, reunidos bajo títulos diversos. Los más interesantes serían los volúmenes *Nuestra América* (1909), *En los Estados Unidos* (1905), *Hombres* (1908) y *Crítica y libros* (1914).

Cuando cayó mortalmente herido en la acción de Dos Ríos, el 19 de Mayo de 1895, José Martí

había rubricado con su muerte aquellos versos que hablaban de su vida:

*roza una abeja mi boca
y crece en mi cuerpo el mundo.*

MANUEL GUTIERREZ NAJERA
(1859-1895)

Elegíaco, amoroso, refinado, culto lector de los poetas franceses -De Musset, sobre todo-, Gutiérrez Nájera escribió cuentos, intentó escribir novela, publicó artículos en periódicos y usó alrededor de veinte pseudónimos. "El Duque de Job" fue el más famoso de todos.

Gutiérrez Nájera abre las puertas de la poesía mexicana a la sensibilidad modernista al fundar la "Revista Azul" y publicar, en 1896, un librito de poemas titulado escuetamente *Poesías*. En 1883 había publicado *Cuentos frágiles*, una mesurada innovación en la prosa adornada de colorido, luz y humor. No publicó más libros, pero ejerció una gran influencia en la renovación poética latinoamericana. En sus mejores cuentos, se dice que el poeta mexicano vio el mundo por el entresijo del sueño.

Su obra está felizmente editada: *Poesías completas* (1953), *Cuentos completos* (1958) y *Obras, crítica literaria* (1959).

La poesía de Gutiérrez Nájera anunciaba el modernismo, pero era -en palabras de Justo Sierra- "la flor del otoño del romanticismo mexicano".

En el soneto "Para entonces", escribió su deseo de

*morir y joven: antes que destruya
el tiempo aleve la gentil corona;
cuando la vida dice aún: soy tuya,
¡aunque sepamos bien que nos traiciona!*

JULIAN DEL CASAL (1863-1893)

Uno de los románticos españoles más leídos por estos románticos latinoamericanos fue Gustavo Adolfo Bécquer. Entre éste y los poetas franceses (Leconte de Lisle, José María de Heredia y Charles Baudelaire) inspiraron una de las obras más sugestivas y decisivas de la poesía latinoamericana.

Tres libros, apenas: *Hojas al viento* (1880), *Nieve* (1890) y *Bustos y rimas* (1893) hablan de su entonación melancólica, de su preocupación formal, de su aspiración a renovar el metro a través de una musicalidad nueva, el matiz descriptivo... Pero fue una carta de Paul Verlaine, dirigida a su amigo cubano Hernández Miyares, la que hizo correr la fama de Julián del Casal. En ella se lee:

El talento de Julián del Casal, tiene veinticinco años, es un talento sólido y mal educado. Sí, le diré a usted: yo no sé quiénes fueron sus maestros

ni cuáles sus aficiones, pero estoy seguro que los poetas que más han influido en él son mis viejos amigos los parnasianos...

Del Casal, como algunos contemporáneos suyos, había quedado encandilado por una forma francesa puesta de moda por Charles de Orleans, la rondela. También se preocupó por asimilar resonancias asiáticas, así fuesen superfluas. En 1892 inició el japonismo en poesía con su composición "Kakemono".

Murió este poeta exquisito y delicado al final de una cena, celebrando un chiste. Casal se rió y, de pronto, entre convulsiones, murió ahogado en una violenta hemorragia. Tenía treinta años.

JOSE ASUNCION SILVA (1865-1896)

Un poema, un sólo poema titulado "Nocturno" anunció, desde Colombia que algo cambiaba en la poesía latinoamericana castellana. El tema, estilo y metro del "Nocturno" anunciaba una nueva sensibilidad y un nuevo poeta del talento.

El colombiano José Asunción Silva había viajado mucho por Europa, era políglota e iba de aristócrata por la vida, derramando desdenes, escepticismo y sarcasmo. Era la hora de sus lecturas desencantadas de Bécquer, Campoamor y Bartrina. Después, su espíritu melancólico le arrastraría por tristezas insondables que le harían insoportables la



A Rubén Darío se le conoce principalmente como poeta, pero también desempeñó una destacada labor periodística hasta su muerte. Comenzó en Managua y luego en El Salvador. De su experiencia periodística en Chile siempre contaba la anécdota de sus tiempos como redactor en La Epoca. Fue cesado porque escribía demasiado bien. Se le había encargado a Darío redactar las crónicas deportivas y, a juicio del director, eran tan superiores que le sugirió buscarse otro empleo. En 1898 el poeta es invitado a colaborar en La Nación de Buenos Aires, que le envía como corresponsal a España, donde se introduce en el mundo literario español.

vida. Por eso, a los treinta y un años se descerrajó un tiro en el corazón.

¿Qué había pasado? ¿Qué le había pasado?

Contaminado del *pathos* becqueriano, Silva había soportado una desgracia: perdió en un naufragio los manuscritos de cinco años de trabajo. Era tímido -¿o soberbio?- y le incomodaban los lectores y el público. Le molestaban, así mismo, aquellos imitadores de Rubén Darío a quienes dedicó la sátira "Sinfonía color de fresa con leche". Se negó a ordenar y editar su obra literaria, en vida. Esta se publicó en 1956 bajo el título de *Obra completa*.

Al día en asuntos poéticos, conocía a los líricos franceses e ingleses, en especial a Poe y Swinburne, a Baudelaire y Verlaine. Los biógrafos de Silva hablan de oscuros sentimientos incestuosos y una sensibilidad morbosa, verdaderamente decadente, de un hombre que pareció renunciar al día por la noche, a la alegría por la tristeza, al amor por el pesimismo... Es posible que muriera invadido por una vaga inquietud, un desaliento cósmico en medio de un rumor de alas y al romper el silencio que se adivina en su famoso "Nocturno".

Su obra lírica se reunió en el volumen titulado *Poesía*, edición póstuma de 1908, hecha en Barcelona (España), "edición infame", según uno de sus comentaristas, porque "se mezclaron poesías de sus primeros años y se omitieron por mojigatería muchas de las más recias y sinceras".

La poesía modernista. El apogeo

RUBEN DARÍO (1867-1916)

Aunque Manuel Gutiérrez Nájera había publicado el libro *Cuentos frágiles* cinco años antes de *Azul...* de Rubén Darío, nadie se dio por enterado sin embargo, en el libro del mexicano se vislumbran muchos hallazgos de estilo y sensibilidad que celebramos en *Azul...* Pero la vida es así. El libro de Darío, como ya se ha mencionado, llega a manos del español Juan Valera y mediante dos cartas, que de ahí en adelante acompañarán a modo de prólogo las futuras ediciones de *Azul...*, Valera lo promociona y lo lanza a la fama, a pesar de sus remilgos y reticencias.

Así nace la leyenda de Darío. Su pseudónimo era un hallazgo poético, porque no es lo mismo llamarse Félix Rubén García Sarmiento (su verdadero nombre) que llamarse Rubén Darío. Su pseudónimo era ya un manifiesto modernista.

Niño precoz, talentoso, de una memoria fuera de lo común, Darío asimiló cuanto leyó y cuanto escuchó de labios de sus amigos y mentores, como el salvadoreño Francisco Gavidia. A los catorce años, cuenta la leyenda, escribió dos dramas: *Manuel Acuña* y *Cada oveja*. Sus dos primeros libros se publicaron en 1885: *Primeras notas y Epístolas y poemas*, influido por Hugo, Zorrilla, Núñez

de Arce y Campoamor. Debido a una desilusión amorosa, en el verano de 1886, parte a Chile. Ante él se abrían las puertas de la gloria, aunque él no lo sabía.

Provisto de cartas de recomendación, Darío llegó a Chile con buen pie. Trabajó en periódicos y revistas y en Chile publicó *Abrojos* (1887), donde aún resuena el eco de Campoamor, y *Azul*; (1888). A esta época pertenecen una novela -*Emelina*- escrita al alimón con Eduardo Poirier, y el *Canto épico a las glorias de Chile*, un poema de circunstancias, *pane lucrando...*

Todo empezó en Valparaíso con *Azul...*, libro en prosa y verso. Esta edición de 1888 llevaba un prólogo extenso de un escritor y poeta chileno, traductor de Poe y Sully Prudhomme y experto retórico. Se llamaba Eduardo de la Barra. Hoy lo recordamos por el prólogo de *Azul...* y por dos tratados sobre *Elementos de métrica castellana* (1887) y *Estudios sobre versificación castellana* (1892)

La "Nación" de Buenos Aires lo nombra corresponsal viajero. Realiza viajes a Nicaragua, El Salvador, Guatemala, Costa Rica, España, Francia. En París conoce a Verlaine, quien le habla de Góngora, poeta admirado y querido por los simbolistas franceses. Darío fue -según testimonio de Jorge Guillén- quien restituye al execrado Góngora a la modernidad de la poesía española. Años después, otro escritor latinoamericano -el mexicano Alfonso Reyes- ayudará también a la reivindicación del hasta entonces "oscuro" autor de *Polifemo* y las *Soleadas*.

Rubén Darío abandona París y viaja a Buenos Aires, donde vivirá una larga y fructífera temporada (1893-1898). De esta etapa hemos hablado en otro sitio y no vale la pena abundar en más detalles. Sólo debe recordarse que la primeriza afición de Darío por D'Annunzio acabó pronto. Fue más hondo e indeleble el impacto de Wagner (más por el espectáculo fastuoso que significaban los montajes escénicos de sus óperas que por sus teorías estéticas). El fervor por Wagner prosiguió en Buenos Aires, se habían estrenado tres óperas: *Lohengrin*, *El buque fantasma* y *Tannhauser*.

En Buenos Aires empieza la obra poética y acaba el hombre doliente, contradictorio y bondadoso que fue Rubén Darío. De aquí en adelante sus poemas hablarán por él.

Su obra poética puede cifrarse en cuatro libros (dos de ellos esenciales): *Prosas profanas y otros poemas* (1896), publicado en Buenos Aires; *Cantos de vida y esperanza* (1905), *El Canto errante* (1907) y *Poemas del otoño y otros poemas* (1910), publicados en Madrid.

Hay consenso en cuanto al mejor libro. Todos votan por *Cantos de vida y esperanza* como su libro más importante. En cuanto al mejor poema, las antologías opinan que son "La marcha triunfal", "Responso a Verlaine", "Sonatina" y "Yo soy aquel que ayer no más decía;". Puede que sean los

más representativos de lo que entendemos por poesía modernista, pero también podría elegirse -con criterio político- "Salutación del optimista", "A Roosevelt", "A Colón" y "Salutación del Aguila" o -con criterio más filosófico- "Lo fatal", "Nocturno", "A Phocás el campesino" y "Canción de otoño en primavera" o -en clave de misterio estético- "A Amado Nervo" y "Metempsicosis".

Después de una etapa fecunda en España, donde fue amado por una humilde mujer española. Darío escanció en París las copas del placer mundano, espió crónicas y reportajes destinados a "La Nación", de Buenos Aires, prestó servicios a regímenes y gobiernos latinoamericanos, se dio a la bebida, hizo esfuerzos por abandonarla y deambuló como un dios herido por Italia, Austria, Alemania, España de nuevo, Brasil, México, Estados Unidos, Guatemala... En su último viaje creyó poder abogar por la paz mundial en una gira interrumpida por su precario estado de salud, Darío volvió a América porque

Yo no puedo continuar en Europa, pues ya agoté hasta el último céntimo. Me voy a América Latina, lleno del horror de la guerra.

En 1911 había fundado y dirigido la revista "Mundial". De su obra periodística y narrativa hablaremos más adelante.

RICARDO JAIMES FREYRE (1866-1933)

El boliviano Ricardo Jaimes Freyre fundó y dirigió con Darío la "Revista de América", de vida muy efímera y, sin embargo, de enorme influencia. Sólo se publicaron tres números. Su propósito era unir a la nueva generación modernista, "innovar sin destruir" y servir en Latinoamérica "a la aristocracia intelectual de las repúblicas de lengua española".

Jaimes Freyre era un joven socialista que había escrito poemas a Rusia y Tolstoi, pero terminó -como muchos de ellos- apagado en su entusiasmo revolucionario y oculto en la más discreta de las penumbras. Al final de su vida sirvió a gobiernos conservadores de su país, Bolivia.

Por lo tanto, su gloria no es política. Su relevancia se debe a la publicación de un libro titulado *Castalia bárbara* (1897). Quizás fueron los *Poëmes antiques de Leconte de Lisle*; quizás el libro en prosa *Les dieux antiques, nouvelle mythologie* de Stéphane Mallarmé; quizás el libro de poemas *Odi barbare* de Giosué Carducci o quizás fue Wagner con toda su batería operística de mitos nórdicos y germánicos. El hecho sucedió.

Jaimes Freyre irrumpe en escena junto a dioses escandinavos y germanos, en medio de paisajes brumosos y bosques de encinas sagradas y cuervos agoreros. Su libro, empezando por el último, fue consagrado por la crítica joven. *Castalia bárbara* tenía por obertura un soneto que emocionaba a Borges, aquel que dice:

*Peregrina paloma imaginaria
que enardeces los últimos amores;
alma de luz, de música y de flores
peregrina paloma imaginaria.*

El soneto se titula "Siempre...". La entonación no era épica. Intima y recatada, la voz del poeta es casi un susurro. No hay estridencias ni colorido ni volupuosidades. En este libro se halla el poema "Aeternum vale", presente en todas las antologías de poesía latinoamericana.

El segundo y último libro de poesía, *Los sueños son vida* (1917), no tuvo tanto éxito. El fervor modernista iba menguando y hasta el poeta muestra su desconcierto ante el paso del tiempo. Ahora hay diversidad de temas y acentos. Azorado, el poeta escribe sobre sus antepasados, los conquistadores españoles; sobre héroes helénicos; sobre temas bíblicos; sobre el desencanto y la madurez del poeta... Jaimes Freyre arrumbó la lira y acometió la prosa.

Los entendidos afirman que Jaimes Freyre es un excelente historiador. Escribió una *Historia de Tucumán*, dos dramas, algunos cuentos y un tratado sobre las *Leyes de la versificación castellana*. Su obra lírica se reunió, en 1944, bajo el título de *Poesías completas*.

En 1920 volvió a Bolivia, donde desempeñó importantes funciones públicas. En 1927 retornó a Buenos Aires, donde murió.

Después de Jaimes Freyre, el modernismo ha dado, en Bolivia, dos figuras singulares: FRANZ TAMAYO (1880-1956) y GREGORIO REYNOLDS (1882-1947). Formado en los clásicos, Tamayo escribió dos tragedias que él denominó "líricas", puesto que se trata de diálogos poemáticos: *La Prometheida o Las Océánides* (1917) y *Scopas* (1939). Otros libros suyos: *Nuevos rubayat* (1927) y *Scherzos* (1932).

Reynolds intentó vanamente escribir poemas épicos. Lo suyo es la lírica reconcentrada en temas eróticos o existenciales. Sus libros más logrados: *El cofre de Psiquis* (1918), *Horas turbias* (1923) y *Prisma* (1938).

LEOPOLDO LUGONES (1874-1938)

Su trayectoria política puede ser reprochable, pero su obra literaria es digna de alabanza. Su paso del socialismo a posiciones ultranacionalistas y militaristas ensombreció su luminosa imagen de escritor.

Amigo de Darío, Lugones se distinguió por su versatilidad, su apasionamiento, su intemperancia, su locuacidad, su virtuosismo, su capacidad para concentrar antagonismos y afinidades, tanto en el campo estético como en el de las ideas políticas. Algo extraño había en este artista que, además, reclamaba para sí el papel de pensador y profeta.

Se inició como poeta publicando un libro ini-

mitable, *las montañas de oro* (1897). Después vendrían *Los crepúsculos del jardín* (1905) y *Lunario sentimental* (1909), libros que constituyen un ciclo en su producción lírica. Bajo el magisterio de Jules Laforgue (poeta francés nacido en Montevideo), Lugones revoluciona la estética modernistas desde dentro. *Lunario sentimental* es el libro de Lugones que más ha influido en otros poetas como el mexicano Ramón López Velarde, por ejemplo.



Rubén Darío describe a Leopoldo Lugones como "un muchachón de veintidós años, de chambergo y anteojos" en un artículo publicado en *El Tiempo* en 1869. Lugones acababa de integrarse al grupo modernista de Buenos Aires, trayendo consigo sus ideas libertarias y socialistas. Todos quedaron impresionados por el joven de Córdoba: "Lugones llegó en ese instante y empezó a rugir", comentó Darío.

Hay algo de antipoesía en este libro de lenguaje coloquial compuesto de versos, prosas y hasta de un "teatro quimérico". *Lunario sentimental* lleva un prólogo que no tiene desperdicio. Con gran sencillez, Lugones explica su concepción del verso y, sin decirlo, de la poesía. Le da capital importancia a la claridad y la sencillez, al humor y la concisión casi sentenciosa, próxima al proverbio.

El segundo ciclo lírico de Lugones está integrado por *Odas seculares* (1910), *El libro fiel* (1912), *El libro de los paisajes* (1917), *Las horas doradas* (1922), *Romancero* (1924), *Poemas solariegos* (1927) y *Romances de Río Seco* (1938).

Sin abandonar el metro tradicional, Lugones se acerca a las cosas humildes, a los temas sencillos y a la tierra solariega, a los paisajes nativos y trata de confundirse y fundirse con el hombre anónimo, con la patria que él idealizaba políticamente. Su obra póstuma, *Romances de Río Seco*, ilustra esta tensión espiritual. Lugones se vuelve un gauchito fantasmal y rompe a cantar en redondillas conso-

nantes, pero tan prosaicas y tan sujetas a un argumento que parecen anunciar un callejón sin salida.

La copiosa producción en prosa de Lugones será estudiada más adelante. A ella nos dedicaremos cuando hablemos, también, de la bibliografía de este poeta que junto con Darío y Jaimes Freyre constituyen las principales figuras del modernismo lírico.

AMADO NERVO (1870-1919)

Le hubiera gustado ser San Francisco de Assís o Rabindranath Tagore, pero sólo era un poeta mexicano que empezó encandilado por la música del verso y por el brillo de la imagen. El exotismo, la voluptuosidad, la afectación y el artificio verbal presiden sus primeras obras: *Perlas negras* (1898), *Poemas* (1901) y *Jardines interiores* (1905).

Después vendrán *En voz baja* (1909), *Serenidad* (1914) y *Elevación* (1917), en los cuales Nervo se repliega, se vuelve intimista y renuncia a la ostentación y la opulencia verbal. "Busco-dijo- el tono discreto, el matiz medio, el colorido que no de-tona". Una crisis moral y su actividad de funcionario diplomático le volvieron discreto, reticente y "sereno". Residió en Francia, España, Argentina y Uruguay.

Los títulos de sus libros de poesía reflejan su estética piadosa: *El estanque de los lotos* (1919), *La amada inmóvil* (1920) y *El arquero divino* (1922).

Su obra comprende más de treinta volúmenes. Escribió una pieza teatral, novelas, cuentos, poemas, ensayos, críticas literarias y crónicas.

ENRIQUE GONZALES MARTINEZ (1871-1952)

El título del primer volumen de su autobiografía delinea su carácter y su estética: *El hombre del búho* (1944). El segundo volumen se titula *La apacible locura* (1951).

Este poeta mexicano -médico y diplomático, además- publicó cinco libros de poemas y alcanzó renombre universal por un soneto antirrubendariano: "Tuércele el cuello al cisne de engañoso plumaje".

Su modernismo es introspectivo, más interesado en la meditación que en el verso musical y colorido. Su arte poético enfrenta al búho (símbolo de la inteligencia) contra el cisne (símbolo del sensualismo).

González Martínez consideraba que la poesía basada en la musicalidad, en la forma pura, no sentía "el alma de las cosas ni la voz del paisaje". Se trataba, en el fondo, de interpretar "el misterioso libro del silencio nocturno". El silencio nocturno, para González Martínez, era la muerte.

Su obra lírica: *Los senderos ocultos* (1911),

Segundo despertar y otros poemas (1945), *Vilano al viento* (1948), *Babel* (1949) y *El nuevo Narciso y otros poemas* (1952).

GUILLERMO VALENCIA (1873-1943)

Conservador, católico, el colombiano Guillermo Valencia representa el modelo contenido del modernismo. Su formación clásica y su profunda comprensión de los parnasianos le hicieron amar la mesura, la claridad, la síntesis y "hasta para esforzarme en ser diáfano", según sus palabras. Siendo conservador fue crítico en sus análisis y en alguno de sus poemas llegó a desafiar los convencionalismos burgueses. En cuanto a su catolicismo puede decirse que profesaba su fe "por tradición, por convencimiento y por estética".

Autor de un solo libro *Ritos* (1899)- Valencia representa uno de los logros más genuinos de la poesía modernista. A pesar de su aristocrática elegancia y su perfección formal, Valencia no esquivó temas vitales y su sensibilidad era "inquieta y compleja, íntima y personal, que ama la gracia, la vaguedad y el misterio", según dijera Federico de Oñís.

El Oriente, el cristianismo primitivo, la Edad Media y el Renacimiento fueron temas de su interés. Los poemas que le dieron fama son: "San Antonio y el centauro" (una divagación lírica sobre el cristianismo enfrentado al mundo clásico), "Los camellos", "Anarkos" y "Ovidio en Tome". Tradujo a numerosos poetas de Oriente y Occidente, a quienes reunió en el volumen *Catay* (1928).

Valencia postuló en dos ocasiones a la presidencia de la república. Fue ministro de educación y rector de la Universidad del Cauca.

JULIO HERRERA Y REISSIG (1875-1910)

De origen aristocrático, afectado desde muy joven por una grave lesión cardíaca, se dedicó a la bohemia, recluso en una buhardilla que él llamó "La torre de los panoramas". Herrera y Reissig es el más grande poeta modernista del Uruguay.

Hombre culto, refinado, de amplias lecturas, tradujo a los simbolistas y a Albert Samain, de profunda influencia en la poesía modernista, admiró a Darío y se dedicó a imitar al Lugones de *Lunario sentimental*. Herrera y Reissig admiraba ese libro porque había leído a Laforgue y a Baudelaire. Dedicado por entero a la poesía, su poesía expresa su mundo enfermizo, su descontento, su hastío y su fuga hacia paraísos artificiales con visiones casi suprarrealistas.

Hipersensible y maníaco de la forma del verso, Herrera y Reissig es un maestro del soneto. Sus libros más conocidos son: *Wagnerianas* (1900), *Las pascuas del tiempo* (1900), *Los mañines de la noche* (1900), *Los éxtasis de la montaña* (1904-1907), *Sonetos vascos* (1906), *Los parques abando-*

nados (1908), *La torre de las esfinges* (1909) y *Ber-ceuse blanca* (1909-1910).

JOSE SANTOS CHOCANO (1875-1934)

Giuseppe Bellini lo define muy bien: "Con el peruano José Santos Chocano, el modernismo mostrará su vena más retórica, aun cuando no deben menospreciarse el poder colorista que en su poesía se manifiesta ni el tono, a veces adecuado, con que celebra orgullosamente el mundo americano".

Estrafalario y desorbitado, Chocano llegó a compararse con Walt Whitman. De vida tumultuosa, desde joven se vio envuelto en conjuras y cortesías a dictadores, monarcas y revolucionarios. Elocuente, oratorio, cantó en sus primeros libros (*Iras santas*, 1895; *En la aldea*, 1895; *Azahares*, 1896) temas locales más a su medida, pero luego, invadido por un delirio de grandeza, se lanzó a conquistar el mundo autodesignándose "poeta épico de América". Como dice uno de sus críticos: "tenía la egolatría de un caudillo y el verbo torrencial de un demagogo". Como versificador es un prodigio, pero generalmente su poesía es descriptiva, superficial, un tanto frívola. Más que en Darío, parece haberse inspirado en el mexicano Salvador Díaz Mirón.

Después de una estancia en Europa, volvió al Perú, donde asesinó a un periodista durante una reyerta. Fue encarcelado, amnistiado y, viviendo en Santiago de Chile, murió asesinado en un tranvía.



Quizá la más importante constante de la obra y vida de Santos Chocano fue la ambición de llegar a ser "el cantor de América", propósito que no logró precisamente por el excesivo personalismo del que está impregnada su producción literaria. Su obra gira en torno a un canto a la belleza de América: su flora y fauna; leyendas y relatos históricos.

Sus libros más famosos: *Alma América, poemas indoespañoles* (1906), *Fiat lux* (1908) y *El oro de Indias* (1934-1940, 1941).

El modernismo brasileño (Simbolismo)

A partir de libro *Fanfarras*, del poeta brasileño TEOFÍLO DIAS, el parnasianismo brasileño -al igual que sus maestros franceses- proclama la objetividad en el tratamiento de los temas y el culto de la forma. Los maestros parnasianos son Alberto de Oliveira y Olavo Vilac, entre otros.

ALBERTO DE OLIVEIRA (1859-1937) empezó escribiendo poesía romántica, pero a partir de su segundo libro *Meridionais* (1884) se afirmó en el culto de la forma, sin abandonar la nota intimista y sentimental que lo distingue.

Algo parecido sucedió con RAIMUNDO CORRÊIA (1859-1911); sin embargo, será OLAVO BILAC (1865-1918) quien represente la tendencia más genuina del parnasianismo. Su libro *Poesías* (1888) ilustra la presencia de una poesía elocuente sin llegar a ser trascendente. Cantó temas nativos y abordó asuntos relacionados con el pasado grecorromano.

Ante la impasibilidad escultórica propuesta por el parnasianismo, los poetas simbolistas fueron apasionados admiradores del verbo y sacerdotes de la Belleza. Pero tanto en uno como en otro caso, los poetas se vieron involucrados en movimientos políticos abolicionistas y republicanos, tal el caso del máximo representante del simbolismo brasileño, el poeta negro, hijo de esclavos liertos, JOAO DA CRUZ E SOUSA (1861-1898).

Pero hay un hecho que llama la atención de cualquier lector no brasileño: el aislamiento de los simbolistas brasileños. Su aparición coincide con la etapa de crisis que vivía el Imperio de Brasil, por una parte y, por otra, su expansión corrió paralela a la del neoparnasianismo que había ocupado los centros de difusión cultural.

Los primeros libros de Cruz e Sousa constituyen una extraña mezcla de postulados románticos y parnasianos. A una forma cuidada se une una expresión política y sentimental en los anatemas contra el esclavismo. Este poeta tuvo que librar un doble combate. La lucha por sus ideales estéticos y la lucha contra el perjuicio racial. Murió joven, a los treinta y seis años, minado por la tuberculosis. Su obra principal: *Broquéis* (1893), *Faróis* (1900) y *Últimos sonetos* (1905).

El otro poeta representativo del simbolismo brasileño es ALPHONSUS DE GUIMARAENS (1870-1921). Tristão de Athayde decía que Cruz e Sousa era un poeta solar, mientras Guimaraens era un poeta lunar. ¿Qué quería decir el crítico brasileño? Sólo esto: el primero era vital; el segundo, tímido y melancólico. Guimaraens fue poeta de un solo tema: la muerte de la amada. Alrededor de este hecho luctuoso gira su poesía y su visión de la

naturaleza y su fe religiosa.

Su obra principal: *Septenário das Dores de Nossa Senhora* (1899), *Dona Mística* (1899), *Kyriale* (1902) y *Pastoral aos crentes do amore da morte* (1923). Guimaraens traducido a Heine.

El postmodernismo

El modernismo permitió la incorporación de lectoras que muy fácilmente se adhirieron a la nueva retórica. Así pues, no es raro que una vez consolidada la gloria de los grandes cabecillas modernistas, aumentara la producción de obras literarias escritas por mujeres. Se trataba de la tercera ola de incorporación femenina a las tareas literarias en América Latina. Las dos anteriores sucedieron durante las épocas barroca y romántica.

Entre los nombres más distinguidos de este grupo podemos mencionar a la brasileña GILKA MACHADO (1893); a las uruguayas MARIA EUGENIA VAZ FERREIRA (1875-1920), DELMIRA AGUSTINI (1886-1914) y JUANA DE IBARBOURO (1885-1979); la argentina ALFONSINA STORNI (1892-1938) y la chilena GABRIELA MISTRAL (1889-1957). Algunas de ellas hablaron libremente de su pasión, de su lucha por la igualdad ante los hombres y de los temas eternos vinculados a la vida en la gran urbe.

Gilka Machado perteneció al grupo "Festa" y su obra se distingue por su intensa espiritualidad. María Eugenia Vaz Ferreira enloqueció y su producción lírica se publicó con carácter póstumo bajo el título de *La isla de los cánticos* (1925). Modernista, expresa la soledad, el tormento de vivir y la melancolía de esta escritora rebelde.



La poesía de Alfonsina Storni se caracteriza por una rebeldía vital y un tono de angustia permanente. En Buenos Aires fue amiga de Leopoldo Lugones y de Quiroga, y cuando éstos se suicidaron, ella envió el poema "Voy a dormir" a *La Nación* y, tal y como presagiaba el título de su escrito, se suicidó arrojándose al mar.

Delmira Agustini fue artista precoz, apasionada e imaginativa. Su exaltada fantasía la llevó a situaciones caracterizadas por un erotismo morboso. Se casó con un hombre vulgar del cual se separó a las tres semanas. Sin embargo, después continuó viéndolo en citas furtivas. En uno de esos encuentros clandestinos, el marido-amante la mató y se suicidó. Su poesía está impregnada del frenesí de amar, expresado en imágenes de gran carga erótica. Ninguna escritora latinoamericana se había atrevido, hasta entonces, a exteriorizar sus ansias sexuales de forma tan desnuda como Agustini lo hizo en sus libros *El libro blanco* (1907), *Cantos de la mañana* (1910), *Los cálices vacíos* (1913), *El rosario de Eros* (1924) y *Los astros del abismo* (1924).

Juana de Ibarbourou representa la pulsión erótica en armonía con la naturaleza. Su poesía inicial es serena, amable y panteísta; expresa la fusión de un alma sensible con elementos propios del medio rural (frutas, flores, animales, ríos, arroyos, manantiales). Es la poeta latinoamericana por antonomasia. A partir del libro *La rosa de los vientos*, su obra se vuelve más compleja. Próxima al surrealismo, se torna melancólica y desolada. "¡Qué pena tan honda me da ser mujer!", dice en el poema *Mujer*. Sus libros más significativos: *Las lenguas de diamante* (1919), *Raíz salvaje* (1922), *La rosa de los vientos* (1930), *Perdida* (1950) y *Azor* (1953).

De este grupo de poetas, las más renovadora fue Alfonsina Storni. Nació en Suiza en el seno de un hogar humilde, pero desde niña vivió en Argentina. Publicó seis libros de versos de diferente estilo. *La inquietud del rosal* (1916), de tono romántico; *El dulce daño* (1918), *Irremediamente* (1919), *Languidez* (1920) y *Ocre* (1925), de estilo



Los temas que predominan en la obra poética de Gabriela Mistral son de carácter amoroso, marcado por el suicidio de su primer novio y un desengaño posterior. La poetisa chilena evoca a Dios, a su madre, sobre todo, a los niños, como constantes en su obra.

modernista; y *Mundo de siete pozos* (1934) y *Mascarilla y Trébol* (1938), de corte diferente, más expresionistas, más torturados y más preocupados por el mundo. La ternura, el deseo, el desencanto y la muerte son los temas predominantes en su poesía. Con ironía y sin rodeos, Storni reclama su derecho a ser tratada con dignidad y equidad en una sociedad machista e injusta. Desesperada, atormentada por el zaratán (cáncer de pecho), Alfonsina se suicidó arrojándose al mar. Antes de morir, publicó una *Antología poética* de su propia obra (1928), precedida de unas "palabras prologales" de gran interés para la crítica. Escribió varias obras de teatro y un libro de poemas en prosa (*Poemas de amor*, 1926).

Pero GABRIELA MISTRAL es caso aparte.

En realidad se llamaba Lucila Godoy Alcayaga. De orígenes humildes, siendo adolescente se enamoró de un suicida. Este hecho la marcó toda su vida y se reflejó en su creación, sobre todo en los "Sonetos de la muerte" que incluyó en su primer libro cuyo título es revelador: *Desolación* (1922). Los otros son: *Ternura* (1924), *Tala* (1938) y *Lagar* (1954). Refractaria a la "poesía pura", su obra es existencialista. Desde el punto de vista literario, se caracteriza por un lenguaje sencillo, directo y coloquial. Su voz es casi una plegaria.

Cantó a la maternidad frustrada, al amor, a la naturaleza americana y al dolor de la mujer sola. Su visión panteísta no impidió que usara referentes cristianos para expresar su desamparo vital.

Maestra de escuela, trabajó en organizaciones internacionales y colaboró en movimientos que favorecían la paz y el desarrollo popular. En 1945 obtuvo el Premio Nóbel de Literatura.

Otros poetas igualmente representativos de esta etapa son el uruguayo CARLOS SABAT ERCASTY (1887-1982) y el colombiano PORFIRIO BARRA JACOB (1883-1942). Sabat Ercasty quemó toda su obra modernista y volvió a la norma parnasiana. Por poco tiempo. Sus libros *Libro del mar* (1922), *Los adioses* (1929) y *Eglogas y poemas marinos* (1930) influyeron en varios poetas. En Pablo Neruda, por ejemplo.

El caso de PORFIRIO BARBA JACOB (1883-1942) es sintomático. En él coexistió un larvado romanticismo junto con un modernismo "para hechizados", según una de sus fórmulas.

Este poeta colombiano se llamaba Miguel Angel Osorio, pero se cambiaba de nombre muy a menudo y utilizaba seudónimos eufónicos como Maín Ximénez, Ricardo Arenales y Porfirio Barba Jacob. Al final, la historia lo recuerda como Porfirio Barba Jacob.

Su homosexualidad, su espíritu aventurero cercano a la picaresca, sus extravagancias, su egolatría, su megalomanía, le hicieron escribir una obra sostenida en la admiración a Poe y Baudelaire. Vivió gran parte de su vida en México.

"Me conformo con ser un ruiseñor equivocado", dijo. Pero así y todo, escribió poemas donde se advierte la vibración humana, la hondura existencial ante el paso inexorable del tiempo. En sus mejores poemas, Barba Jacob recuerda a Antonio Machado, en su etapa modernista. Son conocidos sus poemas "Lamentación de octubre", "Canción de la vida profunda", "Futuro" y "Acuarimántima".

La prosa modernista

Con la excepción de la prosa de José Martí, la prosa anterior a los modernistas arrastraba la solemnidad, el tono oratorio y el añejo humor de los tradicionalistas románticos. La prosa modernista incorporó nuevos elementos al arte de escribir: elegancia y delicadeza en cuanto al ritmo; ironía y lenguaje más coloquial en cuanto al diálogo. El colorido de la imagen desplazó a la frase sentimental de los románticos.

Pero son pocas las novelas relevantes, el modernismo triunfó en el cuento, en el "Poema en prosa" y en algunos ensayos.

Vimos anteriormente cómo Gutiérrez Nájera se había anticipado con sus *Cuentos frágiles* (1883) a la renovación de la prosa romántica. Después vendría *Azul* (1888), de Rubén Darío. Pero fue Lugones quien elaboró una voluminosa y varia obra en prosa, de la cual nos interesa destacar dos libros de cuentos: *Las fuerzas extrañas* (1906) y *Cuentos fatales* (1924). Por estos cuentos, Lugones resulta iniciador del género fantástico en literatura. En sus



En el año 1903 Horacio Quiroga acompaña a su maestro y amigo, Leopoldo Lugones, a una expedición, auspiciada por el gobierno, a las ruinas jesuíticas de la provincia de Misiones. Este primer encuentro con la selva fue clave en su trayectoria personal y literaria. Un año después Quiroga se fue a vivir al Chaco con el propósito de llevar a cabo proyectos agrícolas y comerciales, mientras continuaba su labor de escritor. De esa primera experiencia surge *El crimen del otro*.

conferencias reunidas bajo el título de *El payador*, Lugones reivindica el *Martín Hierro* como poema épico.

La estética modernista se proyecta en muchas páginas de narradores integrados en el realismo como MARIANO AZUELA (*Los de abajo*). ALCIDES ARGUEDAS (*Raza de bronce*) u HORACIO QUIROGA (1878-1937). En éste se manifiesta en sus obras iniciales como *Los arrecifes de coral* (1901) e *Historia de un amor turbio* (1908), para luego ir dando paso a un estilo narrativo influido por las lecturas de Poe, Maupassant, Chéjov y Kipling.

Otro escritor contaminado por el modernismo fue el cubano ALFONSO HERNANDEZ CATA (1885-1940), también lector de Maupassant. En dos de sus mejores libros (*La casa de fieras* y *Los frutos ácidos*) da muestras de una prosa elegante, ornada por el matiz psicológico y la plasticidad verbal.

En cambio, el chileno AUGUSTO D'HALMAR (1882-1950), cuyo verdadero nombre era Augusto Geomine Thomson, empezó escribiendo una novela naturalista -*Juana Lucero*- para terminar absorbido por el modernismo. Escribió una novela modernista titulada *Pasión y muerte del cura Deusto* (1924), la cual le sobrevive.

Un escritor apasionado, ególatra, polémico, más cerca de D'Annunzio que de Maupassant, el colombiano JOSE MARIA VARGAS VILA (1860-1933), llevó a extremos deplorables la estética "decadente". Dislocó la sintaxis, la puntuación y el ritmo de la frase. Autor de más de veinte novelas (*Ibis*, *Rosas de la tarde*, *Flor de fango*), su prosa política es lo más legible, así como su equilibrada biografía de Rubén Darío. Sus ensayos, escritos en el mismo tono oratorio, expresan más una ética que una estética. Vargas Vila llevó su anticlericalismo y su antiimperialismo a terrenos de debate parlamentario.

El guatemalteco ENRIQUE GOMEZ CARRILLO (1873-1927) pasará a la historia como un "dandy" que amó a Francia más que a sí mismo. De sus experiencias parisinas surgieron páginas memorables. Crítico impresionista, cronista de viajes, novelista y memorialista, Gómez Carrillo deja una obra rica en anécdotas que retratan la época y la sociedad de fin de siglo. Su novela preferida fue *El evangelio del amor* (1922), cuya acción transcurre en una Bizancio imaginada. Otros libros representativos de este extraordinario periodista: *La Rusia actual*, *El Japón heroico y galante*, *La Grecia eterna*, *La sonrisa de la Esfinge* y *El alma japonesa*. Gómez Carrillo resalta lo exótico y exalta la vida, la sensualidad y la historia reducida a nivel de chisme.

Pero son dos los prosistas modernistas por antonomasia: Enrique Larreta y José Enrique Rodó.

Del argentino ENRIQUE LARRETA (1875-1961) podemos citar sus dos novelas -*La gloria de*

don Ramiro (1908) y *Zogoibi* (1926)-. En ellas, este aristocratizante escritor sitúa la trama en otra época, la de Felipe II en el primer caso, y en el inmediato pasado, en el caso de la segunda. Es una especie de Scott Fitzgerald describiendo la decadencia de una clase social al narrar una tragedia ocurrida en la pampa argentina.

Del uruguayo JOSE ENRIQUE RODO (1871-1917) hay que citar tres libros que modelaron la mente, la conducta y la obra de dos generaciones de latinoamericanos: *Motivos de Proteo* (1909), *Ariel* (1910) y *El mirador de Próspero* (1910).



El siglo XX en América se inicia con Ariel (1910). Ese año muere Nietzsche, Bergson trabaja con el *College de France*; se estrena *Tosca* de Puccini y es el año de la *Exposición de París*. Muy pronto Rodó se destaca de la generación uruguaya del 900. Militó en el *Partido Colorado* en el poder y llegó a estar en el *Parlamento*. Rodó ha sido el ensayista latinoamericano que más influyó tanto en el continente como en Europa.

Respecto a su estilo, podemos decir que se formó en la lectura de los clásicos griegos y latinos. Su formación lo condujo a una prosa provista de todos los hallazgos modernistas, pero contenida y elegante, lo cual le hace más atractiva. Respecto a su pensamiento, Rodó no es un filósofo. Es un artista que medita, reflexiona y escribe. Espiritualista e historicista, creía sinceramente en el poder redentor de la educación. Después de la intervención norteamericana en Cuba y Puerto Rico, Rodó tuvo recelos del imperialismo norteamericano, pero sólo llegó a criticar el imperialismo cultural, ideológico, sin entrar en consideraciones más profundas. Opuso el espíritu contra la usura y se basó en la lucha de clases, sino en la resistencia moral de una clase aristocrática en retirada. Combatió con el mismo entusiasmo la especialización (división del trabajo) y el materialismo (positivismo).

Su mejor obra: *Motivos de Proteo*. Su obra más famosa: *Ariel*.

En justicia debemos enumerar, aquí, a dos prosistas que con su labor tesonera contribuyeron a divulgar el modernismo y los valores hispanoamericanos: el venezolano RUFINO BLANCO-FOMBONA (1874-1944) y el peruano VENTURA GARCIA CALDERON (1887-1959).

Finalmente, cabe citar al escritor venezolano MANUEL DIAZ RODRIGUEZ (1871-1917). Médico de profesión, realizó estudios de especialización en Austria e Italia. Vivió en París de 1899 a 1901. Leyó a Barrés, D'Annunzio y Oscar Wilde. Con estilo modernista escribió *Confidencias de Psiquis* (1896), *Cuentos de color* (1899), *Sangre patria* (1902) considerada su obra maestra y *Peregrina o el pozo encantado* (1922). Tiene el mérito, además, de incorporar sus conocimientos sobre la ciencia psicológica de la época.